

SERMON
PARA EL LUNES
DE LA CUARTA SEMANA
DE QUARESMA,
SOBRE LA AVARICIA.

Cum fecisset quasi flagellum de funiculis, omnes ejecit de Templo, oves quoque, & boves, & nummulariorum effudit æs.

Haviendo Jesus hecho una especie de latigo con cordeles, arrojó del Templo à todos los que vendían, y tambien las ovejas, y los bueyes, y derrivó en tierra el dinero de los banqueros. *Joann. cap. 2.*

NO os admire, Señores, el haver visto en dos distintas ocasiones al zelo del Hijo de Dios armarse de un latigo contra los Judios que negociaban en el Templo. El Señor miraba esta libertad como una profanacion del lugar santo; y ya os he manifestado en otra ocasion, hablando de esta misma ma-

teria, (a) hasta dónde llega la indignacion, y la venganza de Dios contra los profanadores.

¿Pero en qué consiste la profanacion? ¿Qué havia en este trafico, que no pareciese inocente? Los bueyes, las palomas, y las ovejas que allí se vendian eran para el uso de los sacrificios; los negociantes prestaban à los que no se hallaban con dinero para comprar: todas estas facilidades, establecidas para la pública comodidad, y favorables en la apariencia al culto de la religion, la deshonoraban, segun el juicio de Jesu-Christo; porque veía en esto la infame avaricia de los Sacerdotes, y Ministros del Altar, los que havian introducido estos abusos por amor al interés, (b) y por añadir à la utilidad que sacaban de la ofrenda de las víctimas la torpe ganancia de la venta.

Esta avaricia es tan infame, y tan injuriosa à Dios, que la reprende como ladroncio: Vosotros, les dice, haveis convertido la Casa de oracion en cueba de ladrones: *Speluncam latronum*, (c) no solamente por la ocasion que daba este público mercado à todo genero de latrocinios, y enredos, sino mucho mas por el robo que los Sacerdotes hacian à Dios de su espiritu, y de su corazon, por entregarse al deseo, y al amor del dinero.

Creedme, Catholicos; nada corrompe tanto los corazones, y nada los aparta mas de Dios, con menos esperanza de bolverse à su Magestad, y de conseguir la salvacion, que el pecado de la avaricia. Todos los avaros, y todos los que viven entregados al amor de las riquezas son otros tantos ladrones; son hombres sin honor, sin fé, y sin religion; todos están dispuestos à no conocer mas Dios que el oro, y la plata.

¿Os

(a) *Martes de la primera semana de Quaresma.*
(b) *Hieron. cap. 21. in Matth.* (c) *Jerem. 7. 11. Matth. 21. 13.*

¿Os parece, Señores, que esto es ponderacion? ¿No dice San Pablo, que la esclavitud del dinero es la esclavitud de los idolos, y que la avaricia, y la idolatría son un mismo pecado, bajo de dos nombres, ó dos pecados juntos entre sí? *Avaritia simulacrorum servitus... Idolorum servitus.* (a)

¿No fue el ultimo esfuerzo que hizo el Demonio contra la santidad de Jesu-Christo el tentarle poniendo à su vista las grandezas, y riquezas de la tierra? *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.* (b) Te daré todos estos bienes si te postras, y me adoras: ¿no conoció el Demonio, por el desprecio que hizo el Señor de estos falsos bienes, que trataba con un Dios? Qualquiera que no sea Dios, qualquiera corazon humano corre riesgo de rendirse à estas alhagueñas palabras: Te daré, *tibi dabo.* Pero al mismo tiempo que se rinde à los atractivos de la codicia, se obstina contra las reconvenciones de la fé: está dispuesto à postrarse à los pies de qualquiera que le dá, y no reverencia à otro dueño, ni à otro Dios mas que al dinero.

¿No estamos experimentando nosotros esta verdad, de muchos años à esta parte, con ruina del estado, con escandalo del Christianismo, con horror de los siglos futuros, en los que no se verá condescendencia igual à la que se usa en este deplorable siglo con esta indigna pasion?

Abramos, pues, los ojos, à lo menos à vista de los Altares; y para interés del estado, de la religion, y de nuestras almas, aprendamos hoy en las tres partes de este discurso; que la pasion de adquirir, de ganar, y de atesorar, en una palabra, la avaricia es entre todas las pasiones la que mas degrada al hombre, y la que mas absolutamente le sujeta al Demonio; y las razones son las siguientes: ahoga en el hombre insensiblemente, y

(a) *Colos. 3. 5. Ephes. 55.* (b) *Matth. 4. 9.*

como por grados: Primero, todas las ideas de la humanidad: Segundo, todas las ideas de la eternidad: Tercero, todas las ideas de la divinidad; y por consiguiente ningun pecado es mas incurable, ni nos aparta mas de la salvacion.

Ricos, que vivis en posesion de los grandes bienes que os adquirieron vuestros padres, y de los que vosotros mismos haveis adquirido por medio de un comercio licito con vuestros servicios, à costa de vuestros trabajos, y por otros medios legitimos: Ricos, que de vuestros bienes haceis un uso santo, y christiano; que los poseeis sin codicia, sin envidia, y sin apego, yo no hablo con vosotros. Vosotros sois hijos del rico, y fiel Abraham: hablo con los hermanos de aquel que le llamaba desde lo profundo del Infierno, cuyo numero es tan grande, que puede temerse que no falten aqui algunos: pidamos à Dios comunique à mis palabras eficacia para mover sus corazones. Ave Maria.

PRIMERA PARTE.

EL Mundo, y todos los bienes que en sí encierra, fueron formados por la mano de Dios para uso comun de todos los vivientes: la naturaleza nos produce à todos en igual pobreza, pero tambien con un verdadero derecho à los bienes de nuestra comun madre: no es menos justa con los hijos de los esclavos, que con los de los Reyes: los pajaros, y los animales tienen su parte comun con nosotros: estos nada han perdido de su primitivo derecho: hallan facilmente el remedio para sus necesidades, porque no aspiran à mas que à remediarlas: los mas feroces no se disputan la presa, sino segun la medida de su hambre; y su hambre rara vez pasa mas allá de lo necesario para su sustento.

Solamente la avaricia, solamente el hombre, dice San Agustin, es el que ha turbado este orden natural:

Ipsæ belluæ habent modum, in explebilis sola avaritia divitum. (a) La avaricia, dice San Ambrosio, por medio de unos temores imaginarios, y de unas precauciones fuera de razon, se ha formado un derecho particular sobre el fondo destinado à la subsistencia pública, y ha dado lugar à las leyes inventadas para poner límites à la codicia desarreglada, arreglando la division de los bienes: *Avaritia jura distribuit.* (b) Consiguientemente, la avaricia, habiendo introducido la opulencia, introduxo tambien la pobreza: *Causa inopiæ avaritia.* (c) Finalmente, bajo el atractivo del interés particular, ha dexado para solos los animales el natural beneficio de la posesion comun: *Communia amissimus, dum propria vindicamus.* (d)

El Profeta Ezechiel compara los avaros à los lobos ladrones: *Quasi lupi rapientes prædam.* (e) El avaro funda su felicidad en adelantarse à la voracidad de las bestias, apeteciendo siempre mas de lo que necesita, y perdiendo insensiblemente todas las ideas de humanidad, que le inspira la naturaleza. ¿Qué ideas son estas? Las de la justicia, y la piedad. Estas dos ideas nacen con el hombre, y perecen en él por la codicia del dinero. Empecemos por las ideas de la justicia.

I. En virtud de las leyes establecidas para poner freno à la avaricia, es necesario que cada uno tenga sus bienes propios, unos mas, y otros menos; la medida es desigual, pero es propia, y personal para cada uno. ¿Pues no estais viendo en el solo deseo de tener uno mas de lo que tiene, de aumentar sus bienes, y de enriquecerse, un secreto principio de injusticia? Porque decidme, ¿qué cosa es enriqueceros? ¿No es traer à vuestras manos lo que se halla en las manos ajenas, juntar en

(a) *Serm. 21. de Verb. Domin.* (b) *In Psam. 118. serm. 8. n. 22.* (c) *In Luc. lib. 7. n. 124.* (d) *Ibid.* (e) *Ezech. 22. 27.*

vuestras casas sus despojos, y sus ruinas, y aumentar à beneficio vuestro el odioso desorden de la desigualdad de las riquezas? ¿Podeis vosotros llenaros, sin dexar al rededor de vosotros un vacío que antes no havia? Una nueva fortuna no nace de la nada, ni puede formarse, sin arruinar à otras muchas fortunas; y siendo funesta para tantas personas vuestra opulencia, por mas justa que pretendais que sea, ¿cómo podeis lisongearos de haveros enriquecido, sin haver causado perjuicio à nadie? Esta reconvencion, Señores, es de San Basilio: *Tot homines bonis privans, neminem te lædere putas* (a)

A esta injusticia general, añadid tambien otro gusano de injusticia, no menos sutil en ocultarse à nuestra vista. Estos bienes usurpados à tantas personas para enriquecer à un hombre solo, al mismo tiempo que le enriquecen aumentan sus bienes superfluos, privando à aquellos, de cuyo poder salen, de lo necesario; antes vivias sepultado en una obscura fortuna, ahora todos te llaman rico; ¿cómo ha sucedido esto? Antes caminabas à pie, y vestias sencillamente; ahora brillas en todas partes, tienes carrozas, sillas doradas, muebles suntuosos, vestidos de todas modas, y para todas las estaciones, una mesa exquisita, y abundante; pero dime con sinceridad, ¿en medio de esa prodigiosa mudanza de condicion, de esos vastos edificios, y de esas suntuosas mesas, ocupa tu cuerpo mas lugar que el que ocupaba antes? ¿Necesitas de mas alimento? ¿Se ha dilatado tu estomago? Confiesa, pues, que ese exceso de bienes que ha sobrevenido à tu pasada fortuna, te es inutil, y superfluo; y que esos mismos bienes, repartidos en las manos en que antes se hallaban, esos bienes divididos entre muchas personas, harian felices à muchas familias; y siendo, como son, superfluos en tu poder, serian en ellas

(a) *Homil. in Destruam horrea.*

ellas alimentos, y socorros necesarios, y estarían libres del orin, y de los gusanos. Un millon de infelices; ¿qué digo un millon! Dos, ò tres millones de pobres, que andan vagando por todo el Reyno, presentando en todas partes el compasivo espectáculo de una funesta desnudez, veinte años há tenía la mayor parte de ellos algunos bienes, casa, cama, vestidos, tierras que cultivar, y pan que comer; ahora nada de esto tienen. ¿Qué se han hecho aquellos bienes con que subsistian estos millones de hombres? No creo que se hayan aniquilado; han pasado sin duda por las mudanzas de la fortuna, ò por mejor decir por el canal de la vexacion, de la extorsion, de los engaños, de la industria, à ser equipages, telas, diamantes, adornos, y otras superfluidades, que sirven à los cuerpos, y à las casas de cien mil hombres, quando mas, que rebosan en bienes usurpados à lo restante del Mundo: *Ut pauci illustrentur, mundus evertitur: unius honor, orbis excidium est.* (a) decia Salviano. Aun quando esta usurpacion, y esta translacion tan iniqua de los bienes tuviera justa causa, siempre sería cierto, que estos bienes constituían lo necesario respecto de los pobres, y que en las casas de los ricos son superfluos. Consiguientemente la desmesurada opulencia, por qualquier titulo, ò por qualquiera medio que se haya adquirido, siempre tiene en sí un principio de injusticia, y de inhumanidad: *Dum augere opes cupimus, justitiæ formam exuimus, beneficentiam communem amissimus.* (b) dice San Ambrosio.

Además de que, ¿quién podrá lisongearse de que en este estado conservará la justicia? Inmediatamente que el corazon se entrega al atractivo de la ganancia, en qualquiera parte que halle esta ganancia, halla el mismo atractivo: vuestro dinero, el ageno, el profano, y el sagrado, todos tienen un mismo olor, y hacen una

(a) *De Gubern. lib. 4.* (b) *De Offic. minist. cap. 28.*

misma impresion en el alma interesada; esta corre à él como à su presa; no hay respetos, amenazas, razones, ni leyes que la puedan contener: por el contrario, los obstaculos solamente sirven de irritar su sed, y hacerla mas ardiente.

Si poneis los ojos en la viña de Naboth, como el impío Achab, aquel antiguo Rey de Israel, (a) podrá ser que en el principio afecteis como él algunas medidas de justicia; podrá ser que experimenteis los remordimientos de una conciencia poco aguerrida en el mal. Achab, dice la Escritura, irritado con la negativa de Naboth, se echó en su cama, bolvió el rostro à la pared, y no quería comer; en este estado de tristeza, y enojo, el que manifestaba la inquietud, è irresolucion, en que todavía se hallaba, llega Jezabel, ò por mejor decir, la avaricia, como se explica San Ambrosio, y le alienta à que desprecie los remordimientos. Estamos bien, le dice; usad de vuestro poder, nada os dé pena; la viña de Naboth será muy presto vuestra: *Grandis auctoritatis es; æquo animo esto; ego dabo tibi vineam Naboth.* (b) Inmediatamente se ponen en uso las calumnias, los fraudes, las usuras, y los robos: inmediatamente se forman contra todas las leyes naturales otras nuevas leyes, que autorizan el robo, como dice San Ambrosio: *Vis mensuram considerare justitiæ ut alienum nos eripias; ego habeo mea jura, habeo meas leges; calumniabor ut spoliem.* (c)

II. En vano reclamareis la piedad, la compasion, y la caridad; todas estas ideas de humanidad se desvanecen muy facilmente despues de desvanecidas las de la justicia; segun se vá el hombre enriqueciendo, se vá olvidando de todo, no solamente no respeta los vinculos, ni los derechos de la sangre, pero ni aun los conoce. Padre, madre, hermanos, parientes, y amigos son pa-

(a) *3. Reg. 21. 4.* (b) *3. Reg. 21. 7.* (c) *Am-bros. lib. 1. de Naboth cap. 9.*
Tom. III. Qq

réal nombres indiferentes: viudas, y huérfanos son para él nombres desconocidos: el nombre de ricos lo obscurece todo, y lo traga todo; solamente conoce à sí mismo, y quiere ser solo: *Soli sibi partus terrarum vindicat dives.* (a)

Nos indignamos, Señores, al acordarnos del Rico Avariento, que se vestía de lino, y purpura, que mantenía perros para su diversion, y que al mismo tiempo negaba las migas de su mesa à un pobre hambriento, que estaba à la puerta de su casa; este espectáculo, no obstante ser tan inhumano, parecía sufrible à San Ambrosio, en comparacion de las inhumanidades que se cometian en su tiempo: llora el Santo amargamente, lo que estaba viendo con sus propios ojos: veía algunos padres obligados à vender sus propios hijos para pagar sus deudas: veía à muchos acreedores embargar los cuerpos de sus deudores, y aun los cadáveres, quando ya estaban à orillas del sepulcro, y impedirlos el descanso de su ultima prision. (b) ¿Pero cuánto ha adelantado nuestro siglo en inhumanidad, y barbarie sobre el de San Ambrosio? Ahora estamos viendo por todas partes à los padres, y à las madres reducidos, no à vender à sus hijos, porque este comercio se halla prohibido por las leyes, sino à sujetarlos desde su nacimiento al yugo de la mendicidad, mas cruel todavia que el de la esclavitud: vemos muchos hombres obligados à abandonar su Patria, para ir à buscar en otra parte alivio à sus miserias, ò à lo menos variedad en ellas: vemos los campos despoblados, las habitaciones desiertas, los caminos cubiertos de familias vagabundas; mugeres, y maridos derrotados, con sus hijos desnudos entre los brazos: *Migrat cum parvulis pauper, onustus pignore suo, sequitur uxor illacrimans.* (c)

¡Ah, no son los pobres los que han despojado à estos

(a) *Ibid. cap. 7.* (b) *Ibid. cap. 5.* (c) *Ibid. cap. 2.*

tos pobres, sino los ricos por el ansia de enriquecerse mas! ¡Ah, ricos! Vosotros mirais tranquilamente à esos infelices. Pues sabed que estais viendo vuestro delito, ò el de vuestros semejantes: quando se acercan à vosotros estos pobres, espectáculo que debiera haceros estremecer, estais ideando nuevas adquisiciones de tierras, nuevos planes de casas, y jardines, nuevos diseños de adornos; en una palabra, nuevos medios de hacer nuevos pobres, y de reducir à esta clase à todos aquellos que hasta ahora se han escapado de vuestra avaricia: vuestras mugeres, que por razon de su sexo debieran ser mas compasivas, irritan mas el fuego de vuestra avaricia con el de su profusion, consumiendo con la vanidad de sus escandalosos adornos los frutos que vosotros cogeis de las lagrimas de los infelices: *Uxor tibi imponet sumptuum necessitatem ut oneret cervicem monilibus.* (a)

Decís que sois hombres, y al mismo tiempo que acariciáis à los perros, y que engordáis los caballos, dexais morir de hambre à una innumerable multitud de hombres. ¿Salió vuestro corazon de las manos de Dios con esta dureza? ¿Os hizo hombres para esto? ¿Es este el efecto de la razon con que os dotó, haciendos superiores à los animales? ¿Es este el efecto de la religion en que os hizo nacer, y por medio de la qual os hizo superiores à tantos hombres? No, Catholicos, esta monstruosa mudanza es efecto de la opulencia, y del amor al dinero. Este amor introduce esta funesta corrupcion en casi todos los corazones en que entra. Elevad à un pobre à la condicion del rico, al que antes tenia envidia; ¿os parece que en este estado conservará las compasivas ideas que en su pobreza deseaba del rico? ¿Cuántos ricos conocemos, que se vieron antes en suma miseria? Despues que salieron de este estado por los medios que son bien conocidos de los hombres de fortuna, ¿ha-

veis

(a) *Ambros. de Nab. cap. 5.*

veis visto que sean escrupulosos en despreciar à los pobres, que fueron antes sus iguales? Por el contrario, juzgan que borrarán de la memoria del público su antigua miseria, excediendo en dureza à los ricos de nacimiento; pero por este mismo camino se viene en conocimiento del cieno de que salieron, pues exceden en avaricia, y en inhumanidad à los verdaderos ricos: basta al hombre enriquecerse para olvidarse de que es hombre; este es el primer paso que dá el avaro para hacerse esclavo del Demonio: el segundo es ahogar todas las ideas de la eternidad; y esta es la materia de la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

LAS ideas que podemos formar nosotros acerca de la eternidad, se reducen en general al deseo, y al temor: al deseo de los bienes eternos, y al temor de los males eternos. El vivir sin estas dos ideas, es no tener religion; y esta es la natural disposicion del avaro. Para librarnos del peligro de esta insensibilidad, encarga San Pablo à los Pastores, que manden expresamente à los ricos del siglo, que no pongan su esperanza en las riquezas percederas, sino que junten un tesoro que sea para ellos el fundamento futuro de un edificio eterno: *Divitibus præcipe thesaurizare sibi fundamentum hominum in futurum ut apprehendant vitam æternam.* (a)

I. Jesu-Christo nos dice, que el corazon del hombre está en donde se halla su tesoro, y consiguientemente, que no debemos atesorar en la tierra, porque de este modo nuestro corazon, nuestra alma, nuestra felicidad, y nuestro fin siempre estarán en la tierra, y nunca en el Cielo: *Ubi thesaurus tuus ibi est cor tuum.* (b) Nosotros despreciamos à aquellos avaros necios, que se mueren de hambre por recrearse en el vano placer

(a) 1. Timoth. 6. 17. (b) Matth. 6. 21.

de esconder sus riquezas en la tierra, con el fin de enriquecerse mas; miramos con horror à estos ricos imaginarios: pues tengamos el mismo horror, ò à lo menos miremos con el mismo desprecio à aquellos ricos presuntuosos, que se deleytan en hacer ostentacion de sus gastos. Unos, y otros tienen una misma idea, y un mismo fin, que es huir de su dinero, y sepultarle en la tierra, y con el dinero su corazon: *Quicumque augendis opibus terrena cupiditate famulantur, aurum terræ infodiunt.* (a)

Vosotros os lisongeis de que la pompa de los edificios, una vida deliciosa, y una mesa franca à todos vuestros amigos, os distinguen honrosamente de aquellos avaros despreciables, y hacen que vuestra opulencia sea util al público; ¿pero qué es lo que pretendéis con estas profusiones? Quereis vivir con esplendor, con alegría, y pasar agradablemente el tiempo: pues todo esto no es mas que edificar en la tierra, fijar en ella vuestros cuidados, sepultar en ella vuestros tesoros, y con ellos vuestro corazon. ¿Nacisteis para la tierra, Catholicos? ¿No hay nada sobre vosotros que excite vuestros deseos? ¿No poseéis mas que este cuerpo terrestre, y material, el que cada dia nos hace sentir mas su peso? ¿No sentís dentro de vosotros cosa alguna que avive esta masa? ¿No se presenta à vuestra vista alguna alianza, y alguna conexion con el Cielo? No es posible que ignoreis lo que la religion os dice, y lo que la razon natural hacia conocer à los Filósofos; es à saber, que el Cielo es vuestra Patria, que vuestro cuerpo mortal, y formado de la tierra está destinado à bolver à la tierra, y que vuestra alma inmortal, y salida del Cielo está destinada para bolver al Cielo. ¿De qué sirven tantas casas, tantos jardines, tantas haciendas, tantos castillos, tanto aparato, y tanto espacio para vuestro

(a) Salv. de Avar. lib. 1.

cuerpo? ¡Ah, infeliz, exclama San Basilio! ¿Puedes ignorar que al cabo tendrá que contentarse con seis pies de tierra, y que se hallará confundido con la ceniza, y el polvo? ¿Y cuándo sucederá esto? Acaso mañana: *Telluris tres cubiti te expectant.* (a) ¿Y qué hareis de vuestra alma, que es tan durable como el Cielo? ¿Dónde la colocareis? ¿Qué morada la preparais? Todas estas ideas están muy obscuras, y confusas en vuestro entendimiento: alma, Cielo, inmortalidad, son voces que ninguna impresion hacen en vosotros. Vuestro entendimiento, y vuestro corazon no son mas que tierra; se han revestido de la naturaleza, y qualidades de su tesoro; se han transformado en su tesoro: *Mens thesaurizantis thesaurum suum sequitur, & quasi in naturam terrestris substantiæ demutatur.* (b) El Cielo es para vosotros lo mismo que para las bestias, que solamente levantan ácia él sus ojos para ver la luz que los alumbrá. No mirais, dice San Juan Chrysostomo, al Cielo como Cielo, como vuestra verdadera Patria, como termino de vuestra carrera, y lugar de vuestro descanso: *Non aspicit Cælum ut Cælum.* (c) No teneis ojos mas que para la tierra, y para el dinero: todo lo reducís al dinero; creéis que el dinero lo es todo; que todos los cuidados, todos los bienes, y toda la felicidad del hombre está encerrada en el dinero: *Omnia pecuniam esse putat.* De este modo ahoga el amor al dinero el deseo de los bienes eternos. ¿Pero os dexa acaso ese amor lugar para temer à lo menos los males de la eternidad? Preguntadlo à vuestra conciencia.

No es posible que os hayais olvidado, Catholicos, de las sentencias de Jesu Christo en orden à la salvacion de los ricos: nos representa el Cielo como un lugar inaccesible, y casi cerrado para ellos, no solamente para

(a) Homil. in Avaros. (b) Salvian. de Avar. lib. 1.
(c) Homil. de Avaro.

ra los ricos inhumanos, injustos, è insaciabes, sino para los ricos en general. Desgraciados de vosotros, les dice, los que teneis vuestros consuelos en este Mundo: *Qui habetis consolationem.* Desgraciados de vosotros los que comeis abundantemente: *Qui saturati estis.* Desgraciados de vosotros los que vivís con alegria: *Qui ridetis.* Finalmente, desgraciados de aquellos à quienes los hombres alaban, y respetan: *Cum benedixerint vobis homines.* ¿No sois vosotros, Señores, del numero de estos ricos? ¿No sois del numero de los ricos de esta especie, y de este caracter? Y por consiguiente, ¿no sois objeto de estas imprecaciones? No es este suficiente motivo para temblar, à no ser que imiteis à aquellos ciegos Fariseos, que oyendo à Jesu-Christo pronunciar estas maldiciones, se burlaban de ellas, porque ciegamente amantes de su dinero, conocian, dice San Lucas, que se dirigia à ellos el golpe: *Audiebant hæc Pharisæi, qui erant avari, & deridebant illum.* (a) Este es justamente el efecto que produce este funesto veneno; corrompe el corazon, y le hace insensible, y capaz de burlarse de los males de la eternidad.

Pero burlaros en hora buena, despreciadlos, gloriaros de que los despreciáis, vuestras burlas, y vuestros desprecios nada minorarán de su verdad: aun quando las voces de Jesu-Christo no basten para convencerlos acerca de la verdad de estas penas, no hay voces, ni autoridad alguna con que podáis probar su falsedad. Debierais à lo menos ceder à la pluralidad de los votos, al dictamen universal de todas las Naciones, de todos los siglos, y de todos los hombres sabios: y aun quando fuerais tan temerarios, que os obstinaseis en dudar, el dudar de un mal tan grande, como es un Infierno eterno, aventurarse entre el sí, y el no en un punto tan funesto, y exponerse à las consecuencias de una duda tan pe-

li-

(a) Luc. 16. 14.